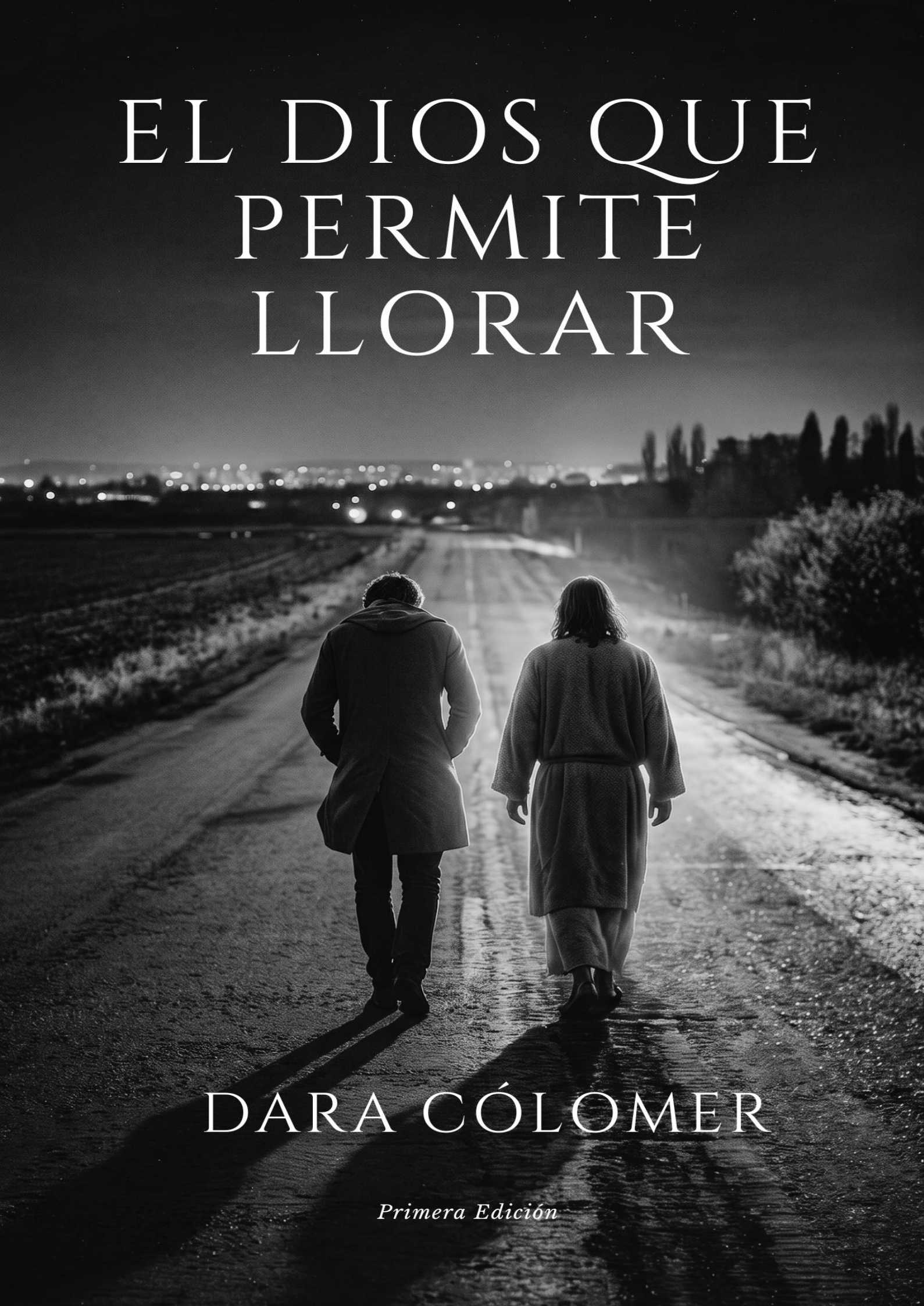
EL DIOS QUE PERMITE LLORAR



DARA CÓLOMER

Primera Edición

CAPITULO I

¿Cómo cambia nuestra imagen de Dios cuando entendemos que la Biblia no censura el dolor?

Introducción

La cultura del bienestar nos ha entrenado para esconder las grietas. Vivimos en una época que penaliza la tristeza y malinterpreta el sufrimiento como un fracaso personal, una falta de optimismo o, en los círculos de fe, una preocupante "debilidad espiritual". Se ha construido una teología de plástico: si confías lo suficiente, si oras con la fórmula correcta, el dolor no debería tocarte; y si lo hace, tu obligación es mostrar una sonrisa de victoria lo antes posible. Bajo esta lógica, el llanto es visto como una insurgencia o una prueba de que algo anda mal entre el ser humano y lo divino.

Pero las respuestas prefabricadas se caen a pedazos cuando la realidad nos golpea el cuerpo y la mente. Escribo estas líneas no desde la comodidad de un escritorio académico, sino desde la trinchera de mi propia fragilidad; desde la debilidad de una mente que hoy se siente densa, nublada y afectada por los efectos de los medicamentos. Cuando el cuerpo pesa y los pensamientos no obedecen, las explicaciones simplistas de la religión cosmética resultan crueles. Es aquí donde brotan las dudas más desgarradoras:

¿Dónde queda Dios cuando ni siquiera somos dueños de nuestra claridad mental? ¿Nos rechaza en nuestro letargo o nos sostiene en el silencio?

Contexto

Para entender este choque entre el Dios de vitrina que nos han vendido y el Dios que realmente abraza, necesitamos mirar la vida a través de los ojos de la fractura. Necesitamos conocer a Daniel.

Daniel tenía apenas catorce años, pero había aprendido demasiado pronto lo que era sobrevivir. Su padre se había ido cuando era un niño y, desde entonces, su madre se convirtió en su todo: amiga, maestra y refugio. Ella le enseñó a leer en una mesa vieja de madera mientras afuera llovía sobre los techos de zinc, y le enseñó a creer que Dios seguía cerca incluso cuando el mundo parecía vacío. Daniel creció siendo un muchacho noble, de ojos tranquilos y sonrisa cálida; de esos jóvenes cuya presencia parecía bajar el ruido del mundo. Amaba la vida sencilla, los himnos antiguos que cantaba su madre y el sonido de la lluvia en las madrugadas.

El dolor, sin embargo, llegó sin pedir permiso. Lo que comenzó como una molestia en la pierna izquierda se transformó en noches interminables de fiebre y un fuego insoportable que le atravesaba el hueso. Tres meses después, en la habitación fría de un hospital, un médico pronunció la sentencia: Sarcoma de Ewing. Cáncer.

Por si fuera poco, tres días después del diagnóstico, su madre murió de un infarto fulminante. Daniel quedó completamente solo. El cáncer destruyó su cuerpo, pero la soledad destruyó su alma.

Pronto comenzaron las veintidós sesiones de quimioterapia. Su cabello caía en mechones sobre la almohada y vomitaba hasta sangrar. Pero lo peor era el insoportable silencio de Dios. Daniel seguía yendo a la iglesia porque era el único vínculo que le quedaba de su madre. Se sentaba en la

última banca a escuchar predicaciones sobre milagros y victorias mientras él apenas podía mantenerse en pie.

Entonces aparecieron los jueces de la fe perfecta. Le decían que le faltaba fe, que declarara su sanidad y que el gozo del Señor era su fortaleza. Otros, cargados de un veneno teológico implacable, insinuaban que aquello era el resultado de un pecado oculto o un castigo divino. Nadie veía al adolescente asustado detrás de la enfermedad. Nadie entendía que él no necesitaba sermones, sino alguien que se sentara a su lado en silencio y le validara el derecho a sentirse destruido.

¿Por qué la religión tiene tanta prisa por corregir el dolor en lugar de acompañarlo? Al obligar a Daniel a sonreír, la comunidad no defendía a Dios; protegía su propia paz mental ante la incómoda realidad de que las cosas malas también le pasan a la gente buena.

El primer sendero: La catástrofe

Aplastado por la agonía física y los reproches piadosos, Daniel comenzó a cuestionarlo todo en las madrugadas. Si Dios era amor, ¿por qué le quitaba a su madre? Si la fe movía montañas, ¿por qué la suya no destruía una sola célula enferma? En esas noches eternas se refugió en la filosofía, encontrando un eco a su dolor en el dilema del sufrimiento inocente. Una idea comenzó a devorarlo: quizá Dios no estaba allí, o peor aún, decidió permanecer indiferente.

Daniel no perdió primero la vida; perdió la imagen amorosa de Dios que había construido junto a su madre. La depresión lo consumió. Una noche, frente al espejo del baño, contempló su rostro hundido y le preguntó a la nada por qué Dios lo odiaba tanto. Solo hubo un silencio profundo que lo convenció de su absoluta soledad.

Daniel dejó de luchar. La noche en que terminó con su vida, el cielo lloraba, recreando el sonido del zinc de su infancia.

Incluso después de muerto, no encontró compasión. En la iglesia murmuraron que el enemigo había ganado terreno o que le faltó confiar. Nadie habló del huérfano abandonado que suplicó amor en medio del sufrimiento. Daniel se convirtió en otra historia mal contada por personas que adoraron sus certezas de plástico en el altar del dogma, sacrificando la memoria de un niño para salvar su propia seguridad teológica.

¡Qué profundamente triste y devastador resulta contemplar este abismo! Se me estruja el corazón y la mente se me nubla aún más al pensar en cuántos "Danieles" reales caminan hoy por el mundo, asfixiados por un dogma que les exige sonreír mientras se desangran por dentro. Es una tragedia que clama al cielo, una herida abierta en la fe que no podemos simplemente ignorar con un encogimiento de hombros. Sin embargo, me niego a creer que el silencio y la tumba tengan la última palabra en la historia de la fragilidad humana.

El dolor es inevitable en nuestra condición rota, pero la respuesta que recibimos en medio de él puede cambiarlo absolutamente todo. Por eso, tras contemplar la crudeza de este primer final, les invito a despojarnos de la rigidez teológica y a mirar a través de un prisma completamente distinto; uno donde la compasión sustituye al juicio y donde el verdadero rescate comienza en el suelo de esa misma habitación de hospital.

El segundo sendero: La redención

Pero contemplemos un escenario distinto. Tras este velo de abandono, permitámonos rescatar la verdad del suelo e imaginar un desenlace alejado de los tribunales humanos.

Imaginemos esa misma madrugada inmóvil y lluviosa en el hospital. Daniel está sentado al borde de la cama, quebrado por el dolor de la quimioterapia y con la Biblia cubierta de polvo en la mesa de noche. Con un hilo de voz, despojado de las fórmulas religiosas que le enseñaron, susurra hacia la nada una honestidad descarnada: suplica que, si alguien está allí, lo escuche, porque ya no puede más.

El silencio llena la habitación, pero esta vez, Daniel llora. Llora por la ausencia de su madre, por su cuerpo que se desvanece y por haberse sentido abandonado bajo un cielo de bronce. En el epicentro de ese llanto, no ocurre una visión gloriosa ni se manifiesta una voz tronante; se hace presente una atmósfera intangible, como si alguien hubiera cruzado el umbral para sentarse a su lado en el suelo, guardando un respeto absoluto por su dolor.

En la quietud de su alma, Daniel percibe una pregunta que desafía todos los sermones recibidos: **¿Quién te dijo que yo te odiaba?**

El muchacho argumenta en su mente que en la iglesia aseguraron que su enfermedad era un castigo. La presencia insiste con dulzura: **¿Y yo te lo dije?** Al recordar las acusaciones de su falta de fe, la paz de la habitación responde: **¿Y yo te abandoné?**

Daniel guarda silencio. Por primera vez comprende que pasó la vida escuchando a los hombres hablar sobre Dios, pero nunca había escuchado a Dios directamente. Al preguntar el porqué de tanta agonía, el silencio que regresa ya no quema; sostiene. Es la certeza de que esa presencia divina estuvo allí en el diagnóstico, en el entierro de su madre y en cada una de las veintidós quimioterapias, demostrando que Dios no siempre se experimenta a través de las emociones, sino que, a menudo, solo permanece.

Toda la teología rígida se rompe en pedazos. El Dios que Daniel encuentra no es el observador frío de su desgracia, sino uno que se llena las botas de barro en el valle de sombra y le otorga el derecho sagrado de llorar. Con manos temblorosas, toma la Biblia, la sacude y la abre en un pasaje subrayado por la caligrafía gastada de su madre, que invita a los cargados a acercarse para encontrar descanso. Daniel vuelve a llorar, no porque el Sarcoma de Ewing haya desaparecido, sino porque sabe con certeza absoluta que no está solo.

Las quimioterapias continuaron y el dolor físico persistió. Hubo noches malas, pero Daniel ya no luchaba para demostrarle una fe perfecta a los hombres; ahora caminaba acompañado. En un cuaderno viejo comenzó a volcar su alma: "Me dijeron que Dios se alejaba cuando se lloraba demasiado, pero he encontrado a un Dios que se sienta conmigo en el barro a llorar".

Eventualmente, Daniel comenzó a acercarse a otros pacientes de oncología. No les ofrecía discursos ni teologías de vitrina; simplemente se sentaba a su lado, los escuchaba y los abrazaba, mostrando lo que la institución jamás le pudo enseñar: que a veces el milagro no consiste en que el dolor desaparezca, sino en descubrir que Dios nunca se fue.

Conclusión

Qué espejo tan limpio y brutal de nuestra propia espiritualidad nos depara la memoria de Daniel. La diferencia entre su muerte desesperada y su sonrisa melancólica nunca radicó en la ausencia del dolor, sino en la presencia del Consuelo.

La cultura de la certeza nos ha vuelto analfabetos emocionales. En el afán de proteger la soberanía de un Dios que imaginamos intocable, construimos barricadas de doctrina para no escuchar el eco de los corazones rotos. Olvidamos que las Escrituras no se inauguraron con un tratado de lógica, sino con el gemido de una creación que anhela ser redimida. Olvidamos que el mismo Dios que sostiene las galaxias se detuvo a recoger el lamento de Job, validó la furia de Jeremías y guardó las lágrimas de David en una redoma.

La verdad más pura de la cruz es que Dios no eliminó el sufrimiento: se metió en él. El velo del templo no se rasgó para que entráramos con sonrisas ensayadas, sino para que tuviéramos acceso directo a sangrar en su presencia sin ser juzgados. Él inventó las lágrimas como el único lenguaje capaz de traducir lo que las palabras no alcanzan a decir.

El sufrimiento inocente siempre será un misterio incomprensible para la lógica humana. Sin embargo, la mayor muestra de fe nunca ha sido pretender que estamos enteros, sino tener la valentía de rompernos por completo frente al único Dios que sabe cómo recoger los pedazos.

Hoy, mientras termino estas líneas con la mente cansada y el cuerpo denso por los fármacos, miro de reojo mis propias fracturas. Entiendo que mi neblina mental no es un espacio de exclusión, sino un terreno de encuentro. Al igual que Daniel en el segundo sendero, elijo ignorar a los verdugos del dogma y mirar el rostro de Cristo en el suelo de mi propia habitación. Porque la mayor dignidad del ser humano no se encuentra en una fortaleza fingida, sino en la entrega absoluta de nuestras ruinas al único Consolador que no exige respuestas, sino que ofrece su presencia en medio del silencio. En su Reino, nunca ha estado prohibido llorar.